

José Manuel Parrilla, *Ruido de trenes*. Oviedo. KRK. 2005. Premio "Principado de Asturias" de la Fundación Dolores Medio. 2004

María del Carmen Bobes
Universidad de Oviedo

El Jefe de la estación de ferrocarril de El Caballón, lugar donde transcurre la anécdota de *Ruido de trenes*, explicaba la guerra civil diciendo que "éste ha sido el peor choque de trenes de la historia de España, después del paso de la francesada y del reinado de Fernando VII, el rey felón" (168).

Tenía buen ojo metafórico el señor Jefe de la estación de El Caballón; desde el punto de vista ferroviario, lo que José Manuel Parrilla cuenta en *Ruido de trenes*, que es la guerra y la posguerra civil, puede considerarse un terrible choque de trenes y sus consecuencias inacabables. Un accidente que cogió de sorpresa a los más, que se vieron envueltos en el desastre y que se produjo porque mucha gente, con nombres y apellidos en el texto, no estuvo a la altura de las circunstancias y cambió mal las agujas de la historia: el choque era inevitable y se enzarza la guerra civil, "a pesar de que es preferible vivir en concordia a morir estúpidamente entre hermanos, cantando la *Internacional* o el *Cara al sol*. A ver si me explico" (187). Así está planteada la guerra civil española. Como un hecho que se describe por partes, en párrafos de extensión variada, en diálogos, con anécdotas, como informaciones que, como *La colmena*, van construyendo el mundo cerrado de un pueblo y unas vidas interrelacionadas.

La novela, *Ruido de trenes*, es Premio "Principado de Asturias", que otorga la Fundación Dolores Medio; corresponde al año 2004 y está publicada en Oviedo por la editorial KRK en su colección Valkenburg. Tiene una presentación magnífica, como suelen tener las obras de esta editorial.

Es un relato más, entre los cientos que toman como materia la guerra civil, pero, a pesar de coincidir en el tema con tantos relatos, su autor, Juan Manuel Parrilla, confiere al suyo unas características que lo singularizan, sin duda, entre tantos y que le dan nuevo sentido y nuevas formas.

Sobre las formas diremos que la metáfora que hace el jefe de estación guerra civil = choque de trenes, diseña toda la disposición narrativa. El *leit motif* es la estación, el ir y venir de trenes, el llegar y marchar de personajes que conmueven la vida tranquila y espesa de los vecinos de El Caballón. Y hasta tal punto se identifica el hilo conductor y la estructura de la novela con el ferrocarril, que la obra concluye no cuando acaba la guerra civil, sino cuando cierran la estación de El Caballón de “la línea ferroviaria de Madrid-Zaragoza-Alicante [...] por criterios económicos y de escasa competitividad” y “el gobierno de la nación decretó el desmantelamiento de la estación de El Caballón, el cierre de la línea y el levantamiento de raíles y traviesas”. Acaba el ferrocarril y acaba la historia que siguió la vida de los vecinos que estaban o que llegaban al pueblo. Como tantos otros lugares a los que dio vida el ferrocarril, El Caballón deja de tener interés para la administración, para la historia y para sus habitantes, que los dejarán vacíos.

Ya nadie acabaría atropellado por una locomotora, ya nadie se iría del pueblo desde su estación, ni nadie llegaría a él bajándose de un vagón de ferrocarril. El recuerdo del ferrocarril acabará diluyéndose en el olvido, lo mismo que probablemente el tiempo de la guerra civil, las muertes y los enfrentamientos, las huidas y el salvamento de los escondidos.

La estructura de la novela sigue una técnica que podemos considerar de “enhebramiento” (*enfilage*): 178 epígrafes, de extensión variable, prolíficos en diálogos, y de contenidos diversos, van discurriendo en tiempo presente, contados por un narrador que actúa como testigo omnisciente, y van dibujando un cuadro en la vida total del pueblo; las tendencias de

sus habitantes, que son sobre todo, los instintos, la malicia, la lujuria, la comida y la bebida, la curiosidad y los comentarios que nunca se acaban y siempre están al quite para los motes, para el chiste, para la burla del vecino. La vida en el pueblo, presentada tantas veces en forma idílica por la literatura, se muestra aquí hosca y terrible, agravada por la situación de guerra, y con alternancias de comprensión y de bondad, de ingenio y de astucia que salvan vidas. El animal humano es ser de muchas caras, visto en su conjunto.

Sobre los contenidos anecdóticos y circunstanciales que ondean en el pueblo como una marea, hay una visión del hombre que, me parece, de mérito tratándose sobre todo de una historia de guerra civil; el autor recoge con acierto una tragedia nacional que se vivió también en ámbitos muchos más limitados: el de vecinos de pueblos donde todos se conocen, con desmanes que se cometen cuando la situación favorece, o se sufren, cuando es contraria; el de la familia donde podían enfrentarse partidarios de un bando y de otro, con lo cual la guerra se perdía por necesidad; e incluso lo lleva al colmo que puede ser el cambio de ideas en el mismo personaje a medida que la situación política cambia también.

La ajustada visión de la contienda lleva a su autor a librarse de la visión maniqueísta, tan frecuente en las novelas del género, pues género puede llamarse a la novela de la guerra civil, según la nómina de relatos que toman el tema como argumento central o lo usan como marco donde se sitúan los recuerdos personales, familiares, sociales, etc. de los personajes que han vivido o han oído contarlos. La investigadora canadiense, Maryse Bertrand lleva contabilizadas por miles las novelas de este género. "Género de la guerra civil" que parece invitar en primer término a una visión maniquea del hombre, pues no hay más que buenos y malos, y lleva en segundo lugar a una simplificación más ingenua aún: la de identificar a los buenos con los de un bando y a los malos con los del otro. Y este binarismo está, por supuesto, en razón de la ideología personal del

autor. Muchos de los relatos de la guerra transitan por esas sendas simplificadas del bien y del mal, diseñadas desde una ideología enfrentadora, que intensifican los odios y los amores sin otras razones, convirtiéndolas en novelas próximas a las de tesis. Hemos leído muchas en las que a partir de las primeras páginas están demonizados o santificados los personajes por sus ideas políticas, sin que el autor matice, ahonde o se pregunte nada sobre sus prototipificadas criaturas de ficción.

Juan Manuel Parrilla, a lo largo de sus diálogos, de decir fuerte, sin resabios y sin inhibiciones, porque así hablan los vecinos de los pueblos perdidos en la Ribera del Duero, descubre con penetración psicológica una complejidad que va más allá de la bondad y de la maldad permanente. Doña María, la mujer del Jefe de estación, que tiene dos hijos militares, uno en cada bando, que no se decanta por el uno o por el otro, da de comer a los refugiados que, en días de niebla, pone su marido en el tren para que puedan escapar a las absurdas venganzas de los bandos.

La novela, con esa identificación de formas y de contenidos se sigue con atención mientras la lectura va reconstruyendo el pueblo, sus personas con oficios, con manías, con defectos; sus temores, sus relaciones de amistad y de odio, sus esperanzas que se diluyen, sus inquietudes que configuran seres humanos complejos, que sufren y padecen a lo largo de los años en una especie de tribu rural que termina de desaparecer. El autor parece querer dejar el pueblo desierto como último dolor de la absurda guerra civil. La sensación de nostalgia que crea en el lector el cierre de la estación es paralela a la sensación de absurdo que el recuerdo de la guerra civil deja en el lector.